

LAS MOMIAS EGIPCIAS

del Museo de La Plata

TESOROS
DEL
MUSEO

Q

ue suerte la de estos pobres egipcios. Los vivos pueden envidiar la de los perros de Constantinopla y a los muertos no los dejamos quietos en sus tumbas.

Dardo Rocha (1888)

HÉCTOR M. PUCCIARELLI (*1)

MARÍA A. PUCCIARELLI (*2)

Departamento Científico de Antropología.
Facultad de Ciencias Naturales y Museo.
Universidad Nacional de La Plata.

Uno de los temas que provocan más atracción por lo exótico, unción y respeto por su significado y hasta cierto temor por su tratamiento en museos y exposiciones, es el de las momias y cadáveres momificados, producto emergente de factores tan dispares como las elaboradas concepciones religiosas de las altas culturas de la antigüedad y las condiciones de extrema sequedad predominantes de los climas desérticos y semidesérticos. Pero siguiendo a Baines y Málek (1993), deducimos que ambos factores son dispares sólo en lo aparente. En realidad existe una relación causa-efecto: la "momificación" natural – que en realidad produce cadáveres momificados y no verdaderas momias – indujo la noción en los grupos étnicos donde ésta se producía, de que la vida ultraterrena podía ser viable sólo si se conservaban los restos corporales en el ámbito terreno. Cuando comienza a adoptarse la costumbre de proteger a los cuerpos en ataúdes y sarcófagos, se logra en realidad un efecto contrario, pues hay un incremento de la humedad en



Fig. 1
Horus, hijo de Isis
y de Osiris. Tiene cuerpo
de hombre
y cabeza de halcón
y lleva la doble corona
del alto
y bajo Egipto. Sostiene
el anhk
en su mano izquierda y
el was en su mano
derecha.
(Tomado de Baines
y Málek, 1993).

el "microclima" del ataúd que permite la invasión de microorganismos, los cuales terminan por descomponer al cadáver. Surge entonces la necesidad de lograr por prácticas culturales los resultados que antes se obtenían por medios naturales. Por ello es que la momificación artificial aparece en Egipto recién a fines del período predinástico (3000 AC).

Antes de proseguir debemos aclarar qué entendemos por momia. Además de todo tipo de cadáver desecado, llevan este nombre tanto el betún que se utilizaba para su conservación como las faneras (principalmente pelos y uñas) que una vez cortadas, se utilizaban en conjuros mágicos y embrujamientos, práctica esta que se extendió hasta los tiempos del medioevo. Los alquimistas dieron este nombre al polvo negro resultante de la amalgama de plomo y mercurio. Según el historiador árabe Abd-el-Latif (siglo XII) "mumiya" o "mumiyai" designan al asfalto que se obtiene por secreción natural de las rocas bituminosas de las montañas pérsicas del Derahgerd. También se daba este nombre a una mezcla de pez y mirra que hasta el siglo pasado era vendida como momia para fines médicos.

Para nuestro objeto, "momia" es un cadáver de hombre o animal que, por preparación

artificial, es desecado y convenientemente acondicionado para que, preservándolo de la putrefacción, pueda adquirir un remedo de inmortalidad. La distinguimos del cadáver momificado por el carácter no accidental de su preservación y por el hecho de no presentar sus vísceras *in situ* sino que una vez retiradas y tratadas eran envueltas y colocadas en el propio ataúd (dinastías XX y XXI), o bien se guardaban en recipientes especiales como los vasos canopes egipcios.

La costumbre de convertir cadáveres en momias fue notoria en poblaciones como los Guanche de las islas Canarias. Sin embargo fueron los antiguos egipcios quienes elevaron esta práctica a un grado de perfección tal que hoy por hoy resulta casi imposible hablar de momia sin producir alguna asociación consciente o inconsciente con alguna dinastía del Gran Imperio del Nilo. Ya Herodoto, en el siglo V AC, nos brinda una viñeta sobre esta costumbre: **Cuando muere una persona de prestigio, las mujeres de la casa se echan tierra en la cabeza y en la cara. Luego se alejan del difunto para recorrer la ciudad con las faldas recogidas y se descubren el pecho dándose golpes. Todos los hombres y mujeres de la familia se unen al cortejo y**

las imitan. Después de estas ceremonias, trasladan el cadáver para embalsamarlo.

La técnica de momificación es un procedimiento complejo que ha sufrido notables cambios con el transcurso del tiempo y cuyas facetas esenciales pueden ser relacionadas con distintos períodos del desarrollo del antiguo Egipto. También influyó la posición social de la familia del difunto, pues no todo el mundo podía afrontar los gastos de una operación tan costosa. Herodoto describe tres maneras de momificar, siendo la de mayor sofisticación reservada para la realeza. Los empleados humildes podían acceder al procedimiento más económico, pero las capas más pobres de la población no debían por razones obvias, pensar en este procedimiento como vía de asegurarse la eternidad.

Un fenómeno similar es observable en la evolución del continente. Si bien ataúd y sarcófago son a menudo empleados como términos equivalentes, existen substanciales diferencias entre ellos, no en cuanto a la forma sino a su construcción. Según Baines y Málek (1993) ambos pueden ser rectangulares, de origen más antiguo, o antropomorfos, con aparición probable durante el Período Medio (2040-1640 AC), pero mientras los arauques eran construídos en madera, los sarcófagos se fabricaban con piedra caliza, granito, basalto, etc. Nuevas técnicas, como el cartonage, surgieron a partir del III Período Intermedio y son útiles para caracterizar un aspecto del desarrollo tardío del Imperio. La decoración es muy importante tanto en el aspecto cronológico como en lo referente a la identificación social del difunto y a sus avatares en el tránsito hacia la inmortalidad. Los ataúdes más humildes podían no poseer decoración alguna, mientras que las momias regias se destacan por la riqueza de

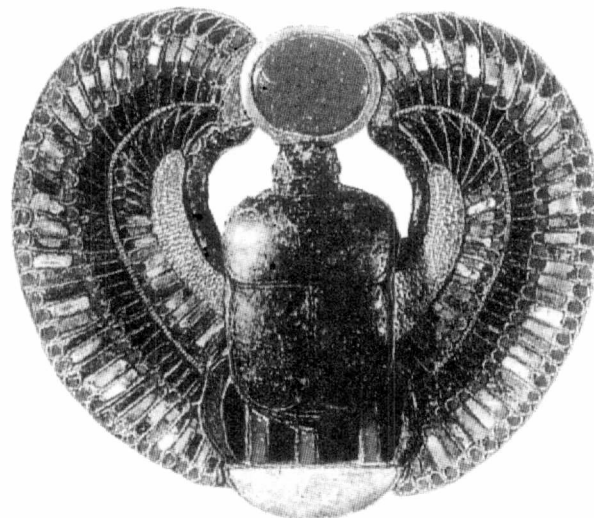
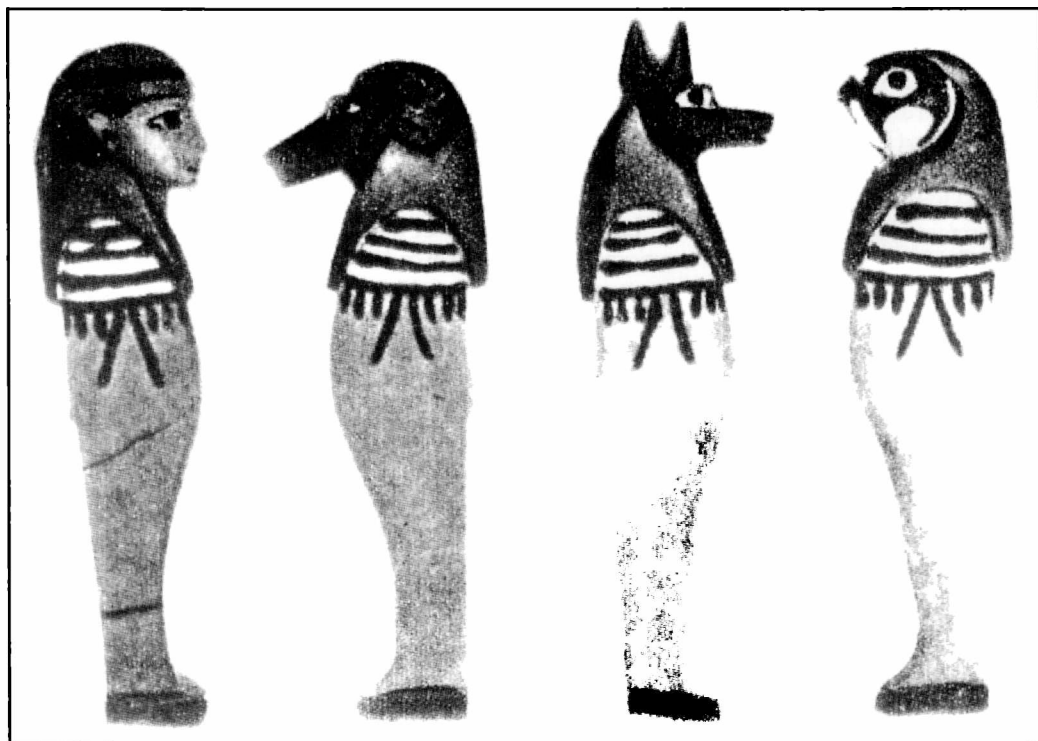


Fig. 2
Dios Khepri
en forma de escarabajo.
Nótese el disco solar
sostenido por sus patas
delanteras
y una semiesfera
sostenida por sus patas
traseras. (Tomado de
Coperias, 1993).

su ornamento.

A partir del Primer Período Intermedio (2134–2040 AC) comienza a cubrirse el interior con los famosos “textos de sarcófago” y con listas de ofrendas. Durante la XVII dinastía (1640–1550 AC) aparecen ataúdes antropomorfos con decoración que imitaba pelucas de plumas, mientras que los blancos con bandas – que sugieren los vendajes de la momia – aparecen en la dinastía siguiente. Durante el resto del Imperio Nuevo se incrementa la decoración, añadiendo escenas con dioses y textos. En el Período Tardío (712–332 AC) se alcanzó gran perfección en la construcción y decoración de los sarcófagos. Las inscripciones se inspiraron en escritos religiosos que procedían de los textos de las Pirámides, del Libro de los Muertos y de otros documentos funerarios.

Nuestra Institución posee una interesante colección de objetos culturales provenientes de distintos períodos de la civilización egipcia. Entre ellos, figuran estelas dedicadas a Osiris, como la descrita por Rosenvasser (1939) y amuletos y escarabajos (Daneri de Rodrigo, 1980). Pero lo más atrayente es el conjunto formado por tres piezas momificadas, cada una con su correspondiente ataúd. Dos de ellas corresponden a individuos adultos. La tercera es un paquete funerario. Las tres piezas – minuciosamente descritas por Daneri de Rodrigo (1980), a quien damos como referencia para un análisis más profundo – fueron donadas al Museo de La Plata por el Dr. Dardo Rocha, que las obtuvo en Egipto en 1888 del Museo de Boulaq (más tarde trasladado a El Cairo). La idea del Dr. Rocha era que el material egipcio por él coleccionado sirva de comparación con material cultural procedente de las altas culturas americanas. Debe tenerse presente la idea predominante en la época, de fuertes relaciones



existentes entre el antiguo Egipto y América Nuclear.

El ataúd mejor conservado pertenece a una mujer llamada Tadimentet. Está construido en madera y es de tipo antropomórfico. La decoración, realizada sobre fondo blanco, es profusa. En la parte superior de la cabeza que lleva peluca hay un escarabajo alado que representa al dios Khepri (sol naciente, símbolo de la resurrección). Sostiene con las patas delanteras un disco solar y con las traseras el símbolo de la totalidad o circuito del mundo. También hay discos solares, un collar ancho con cabezas de halcón y ureos sobre brazos y pecho. Se agregaron la diosa Nut que, representada con las alas extendidas, es considerada como protectora de los muertos, los cuatro hijos de Horus, bajo cuya protección están colocadas las vísceras de las momias, Harakhte, Anubis y la propia Tadimentet con los brazos extendidos en actitud de adoración. Por último hay inscripciones que contienen fórmulas de ofrenda y el nombre y filiación de la difunta (“... para el Ka del Osiris Tadimentet, hija de

Horhotep...”). También aparece una guarda que contiene los signos anhk y was, similares a los que puede verse en la fig. 1. Es notable el hecho de que el ataúd no tenga inscripciones en su interior, dado que, como hemos visto, son de extrema importancia en el viaje al más allá. Dado que existe una mención a la diosa Ment, Rosenvasser opinó que Tadimentet procedía de Edfu, por ser una diosa local de esa región del alto Egipto, siendo presumiblemente del período greco-romano (332 AC–395 DC).

Khepri es una de las deidades más subyugantes de la mitología egipcia. La figura 2 muestra una representación de la deidad, bajo forma similar a la del ataúd de Tadimentet. Representada con figura humana o de escarabajo, o bien con cuerpo humano y cabeza de escarabajo, es “el que crea todas las cosas, sin ayuda del principio femenino”. También “es la materia inerte pero viviente, que está a punto de comenzar su existencia o de renovarla” (Daneri de Rodrigo, 1980). Esta dualidad implica su relación con la idea de resurrección, dando vida al cuerpo muerto

Fig. 3

Los cuatro hijos de Horus y su relación con los vasos canopes: Amset, con cabeza humana (custodia el hígado). Hapi, con cabeza de perro (vigila los pulmones). Duamutef, con cabeza de chacal (protege al estómago). Gebesenuf, con cabeza de halcón (cuida los intestinos).

(Tomado de Prampolini, 1969).

y conservando la del vivo que usara su amuleto. Harakhte es una deidad no menos interesante. Representa al sol en su viaje diurno (Horus de los dos Horizontes), tiene cuerpo de hombre y cabeza de halcón (a veces rematada por el disco solar) y es considerado señor de los cementerios y soberano del Duat (región del cielo debajo de la línea del horizonte, donde las almas desaparecían después de la muerte). Los cuatro hijos de Horus (fig. 3) son los que sostienen los cuatro pilares sobre los que se apoya el cielo. Están representados en el ataúd de Tandimentet por su carácter de genios funebrios y de custodios de los vasos canopes. Nut (Naut, Nuit) es deidad del cielo nocturno. Se relaciona con Khepri porque de su seno renace el sol cada mañana. También es protectora de los muertos y se la representa con el cuerpo estrellado (Prampolini, 1969).

El segundo sarcófago es también antropomorfo, pero contiene un cadáver masculino, como lo demuestran la línea de barba trazada alrededor del mentón y la barba trenzada de tipo osiriano. La decoración fue pintada en rojo y blanco sobre fondo negro, se encuentra muy deteriorada y poco visible. Hay signos aislados de la fórmula de ofrendas. También pueden distinguirse el ojo de Horus y Anubis chacal.

Horus (fig. 1) es un emblema muy importante en la religión funeraria. Tiene forma en parte humana y en parte de halcón y es el símbolo de la fidelidad y ofrenda total. Anubis también adquiere diversas formas. En la figura 4 es representado bajo forma de chacal en actitud de preparar una momia. Esta importante deidad funeraria (Prampolini, 1969) es considerada patrono del embalsamamiento y dios protector de los muertos.

Es de notar que sarcófagos negros eran utilizados duran-

te el Imperio Nuevo (1550–1070 AC). Esto concuerda con la opinión del Dr. Rocha en cuanto al menos una de las momias debía pertenecer a la dinastía XVIII o XIX (1550–1196 AC).

La tercera pieza posee una curiosa semejanza con el cadáver momificado de un niño y por cierto tiempo se lo tuvo por tal, hasta que un estudio realizado sobre estos restos reveló que tal niño era en realidad un paquete funerario constituido por un cráneo de individuo adulto y un “cuerpo” hecho con tela de lino y resina. Podría pensarse que alguien incurrió en una vulgar falsificación, pero en realidad no es así. Los paquetes funerarios fueron usuales durante el período greco-romano y servían para eternizar la memoria de individuos que por diversos motivos no podían acceder a una momificación con todas las de la ley. Poseía piezas de cartonado con decoración policroma que cubrían lo que correspondería a piernas, pecho, espalda y pies y una máscara, la cabeza. La técnica de cartonage sobre el cuerpo entero aparece durante la dinastía XVIII, reemplazada por la que exhibe nuestro “niño” durante la dinastía ptolemaica (304–30 AC).

Una curiosa leyenda pretende que quien altere el descanso de los muertos violando el sagrado ámbito de un sarcófago llega a ser pasible de terribles escarnios traducidos en incontables sufrimientos físicos y morales para desembocar en algunos casos en la muerte. Un interesante dato histórico puede ser leído en Ceram (1993): “Cuando (James?) Bruce, para hacer unas copias de relieves murales de la tumba de Ramsés III quiso pasar la noche en la cámara sepulcral, sus acompañantes indígenas fueron presa del terror y profiriendo maldiciones arrojaron sus antorchas y mientras las llamas se apagaban, lanza-

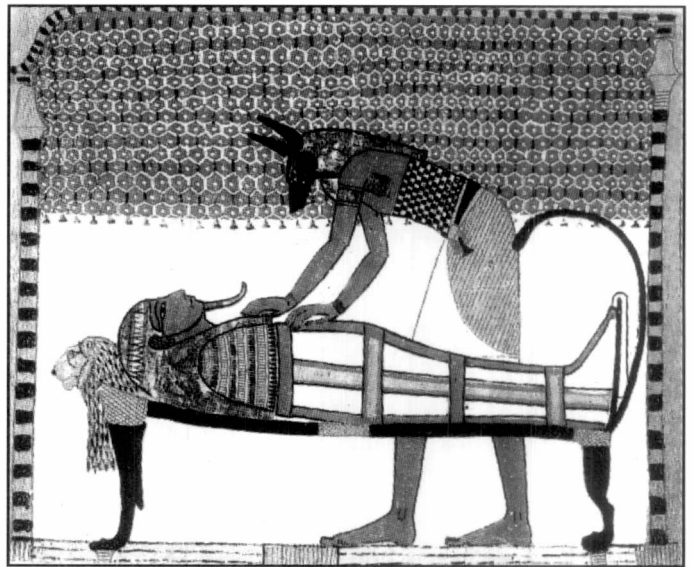


Fig. 4
Anubis embalsamando una momia. Tumba de Sennedjen (Tebas, XX dinastía). (Tomado de Boulanger, 1968).

ban terribles predicciones sobre las desgracias que aquella profanación les acarrearía cuando abandonasen la cueva”. Esto que sólo pueda atribuirse a superstición o a factores aleatorios, sirve para consolidar la milenaria leyenda de la “maldición de la momia” y aún hoy quienes ingresan a los ámbitos académicos de nuestra casa no dejan, en alguno u otro momento, de verse envueltos en una especie de bruma mística que recorre salas y pasillos de nuestro museo.

(*) *Profesor Titular de Antropología Biológica I. Investigador del CONICET.*

Jefe del Departamento Científico de Antropología.

(*) *Estudiante de la carrera de Antropología.*

LITERATURA CITADA

- Baines J, Málek J. 1993. **Egipto. Dioses, Templos y Faraones**. Buenos Aires, Folio S.A.
- Boulanger R. 1968. **Pintura Egipcia y Del Antiguo Oriente**. Madrid, Aguilar.
- Ceram C.W. 1993. **Dioses, Tumbas y Sabios**. Buenos Aires, Espasa Calpe.
- Coperías E. 1993. **El faraón ha muerto. Viva su momia**. Muy Interesante 7:80-85.
- Daneri de Rodrigo A. 1980. **Las piezas egipcias del Museo de Ciencias Naturales de La Plata** (segunda parte). Revista del Instituto de Historia Antigua Oriental, 5:117-139.
- Prampolini G. 1969. **La Mitología En La Vida De Los Pueblos**. Barcelona, Montaner y Simon S.A.
- Rocha D. 1888. **Cartas al Dr. Francisco P. Moreno**. Archivo y Museo “Dardo Rocha”. La Plata.
- Rosenvasser A. 1939. **Un ex voto dedicado a Osiris**. A propósito de una estela del Museo de La Plata. Notas del Museo de La Plata, 4:309-315.